

## *Fijar el núcleo fundamental*

Señalaremos en este Editorial un punto que sin duda es de la mayor importancia para el progresivo avance y para el triunfo de la Filosofía Cristiana.

Este punto que calificamos de la mayor importancia es el de que se convenga entre los cultivadores de la Filosofía Cristiana en un cuerpo doctrinal, en un como enquiridión, con el núcleo fundamental y cierto, que forma el alma de una tradición secular.

En nuestro Editorial anterior lamentábamos que por desgracia no pocas veces perdemos de vista la perspectiva, no distinguiendo entre lo «cierto» y lo «probable» (encareció de modo especial que se hiciese Pío XII en 1953 con ocasión del III Centenario de la Pontificia Universidad Gregoriana); y que se impone a los demás de hecho, lo que la Iglesia, Madre universal de todos no ha querido nunca imponer (como dijo Pío XI en la «Studiorum Ducem»). Ni siquiera con la Biblia tienen muchos la actitud que tienen por ejemplo con Santo Tomás, porque imaginan que éste ya ha dicho para siempre jamás la última palabra de sistematización; imaginan que en lo que dijo no pudo haber la menor equivocación ni hay correctivo que aportar; y que no se ha de discutir una interpretación particular de escuela sobre su pensamiento. Mientras así proceden, conceden fácilmente a los filósofos racionalistas, o inmanentistas, o agnósticos, jirones fundamentales del gran patrimonio de la tradición secular de la Filosofía Cristiana, dando con ello muestras de un gran confusionismo en su criterio.

¿Por qué sucede esto sino, en parte, porque no hemos convenido todos con claridad en la definición y delimitación de este núcleo fundamental y cierto que es patrimonio, el más preciado, de Santo Tomás, y por tanto, de todos, puesto que todos seguiremos sus directrices fundamentales?

Todavía no hemos hecho este trabajo de delimitación y clarificación; confundimos lo que es meramente un punto de «investigación» o un punto de «sistematización» (tan apreciable en sí considerado como se quiera, pero sólo dentro del orden de lo «opinable» y de la «síntesis» de sistema), lo confundimos, decía, con lo que nos ha de parecer intangible, para que haya Filosofía Cristiana, como son las nociones que se refieren a la transcendencia de nuestros conceptos filosóficos; a la verdad universal y necesaria, radicada en la realidad en sí; al valor transcendente de los primeros principios metafísicos; a la legitimidad del raciocinio metafísico para demostrar conceptualmente la existencia de Dios y sus atributos; a la moral objetiva, con leyes universales, que conceptualmente pueden demostrarse; a la espiritualidad del alma humana, a su libertad e inmortalidad; y a otras nociones semejantes, estrechamente vincula-

das con ellas y con las verdades de la Fe, como es la de la objetividad de la noción de substancia.

Ahora bien, ¿no ayudaría muchísimo para el estudio y avance en las nociones fundamentales de la Filosofía Cristiana, que se hubiese convenido en este enunciado, separándolo de lo que sólo se refiere a las tesis probable o del orden de sistematización? ¿no es la ausencia de este programa común una de las causas de la poca difusión y avance de la Filosofía Cristiana? ¿no valdría la pena que en un Congreso Internacional de Filosofía Cristiana se hiciese esta labor aglutinante?

No lo hemos hecho todavía; y quizá por ello (junto con otros motivos) nos sucede que tantas veces hay en nuestro propio campo no pocos indicios de indecisión. Tal, por ejemplo, el filósofo que fulmina los rayos de su desdén contra otra escuela que milita dentro de la Filosofía Cristiana, pero que no encuentra una posición decidida que oponer a la filosofía de Hegel, de la que (junto con el materialismo) ha brotado la filosofía marxista.

Una vez hablaba alguien con un joven comunista y le preguntaba el porqué de la eficiencia y extensión de la filosofía marxista en el mundo. Contestó el joven con unas palabras dignas de nuestra reflexión: «si nosotros, marxistas, tuviéramos el mismo miedo y tolerancia para hacer triunfar el marxismo en el mundo, que ustedes, filósofos cristianos, tienen para hacer triunfar su doctrina, así como no les tememos a ustedes, tampoco nos temerían ustedes a nosotros».

Naturalmente hay exageración, y muy grande, en las palabras de este joven, que no puedo aprobar. Hay una fuerza íntima al lado de la Verdad, que ha de hacerla triunfar no por la imposición extrínseca, sino por la sola exposición. Pero a pesar de su exageración patente, ¿no había en ellas un fondo de verdad? Se requiere que el que exponga una doctrina *sepa que es la verdad* y se requiere que *tienda*, en cuanto esté de su parte, a *buscar su triunfo*. Si en cambio la tolerancia se extiende no a las personas, sino a las doctrinas; si la «hipótesis» de una situación de división en que se hace preciso tolerar esta situación, de hecho se va cambiando poco a poco en una «tesis», como algo definitivo que no hemos de pretender cambiar; entonces no nos uniremos definitivamente en la busca de la Verdad, sino en el escepticismo del error consagrado; entonces por más que investiguemos en la historia y en puntos particulares de sistema, nunca conseguiremos el avance en el mundo, de la Filosofía Cristiana.

Quizá no sería ninguna pretensión fuera de lugar lanzar la idea de un Congreso de Filosofía Cristiana, en que conviniésemos en la clara delimitación de lo que es nuestra gran fuerza, el núcleo perenne de las grandes tesis de la Filosofía Cristiana, para que con nuestra unión a su alrededor, y con su progresivo estudio, profundización y exposición, se avance hacia su difusión y triunfo en el mundo intelectual que pregunta dónde está la verdad.